

## Mis diez libros preferidos.

En realidad, el orden en que he colocado estos libros no quiere decir que prefiera el primero al segundo o el quinto al sexto, por ejemplo. Todos ellos son el libro que más me gusta, en el momento en que los abro por cualquiera de sus páginas o capítulos y, literalmente, caigo en el enorme placer de encontrarlos siempre mucho más bellos y sabios que la vez anterior. Ahí están, cada noche, sobre la mesa, a lado de la cama, y muchas veces cierro los ojos y dejo que el azar escoja por mí. Da lo mismo.

La gente me pregunta, a menudo, por qué entre estos libros no figura ninguno

escrito por un escritor que aún vive, y, lo que es más, por qué la mayor parte pertenece a siglos lejanos. Esto me lleva a pensar que los escritores contemporáneos encuentran muchos más compradores que los clásicos. La única

explicación que le encuentro a este hecho es que se debe a lo que yo llamaría la pequeñez cultural de muchos lectores. Un lector cuya cultura es

poco sólida piensa, sin duda alguna, que se sentirá más cerca de un escritor que ha sido educado en su misma sociedad y que, por consiguiente,

ha sufrido los mismos cuestionamientos y vivido las mismas experiencias.

El verdadero lector, el enamorado de la literatura, busca, por el contrario, un distanciamiento tanto a nivel temporal como espacial (es decir, libros de otros siglos, de otros países, de otros horizontes). Esto se debe a que,

para él, los problemas fundamentales de la condición humana son siempre los

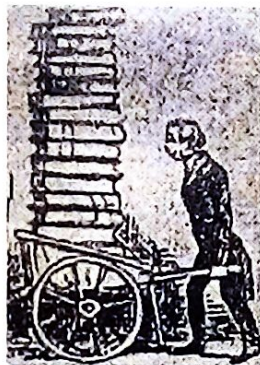
mismos en todas partes, por lo cual resulta verdaderamente apasionante ver

qué soluciones reales o imaginarias se les ha encontrado. El hombre cambia,

ha cambiado y cambiará siempre, puesto que es maleable por naturaleza. Lo

curioso y lo realmente apasionante es seguir el inmenso dominio en que se han ido dando todas las posibles transformaciones.

Un libro es un objeto mágico, y el ojo



de un buen lector puede hacer que surja todo un mundo de él. Por ello, la gran literatura no es otra cosa que ese conjunto de libros que, con el paso del tiempo, logran ser aprisionados en su totalidad. Nadie podrá ya cambiar el destino del Quijote, sin duda alguna el libro que más quiero conjuntamente con... Bueno, conjuntamente con

los otros nueve libros que voy a citar. Cada uno, repito, es el que más me gusta, cuando lo tengo ante mis ojos. Cualquiera de ellos puede hacerme olvidar los otros nueve. Yo podría concebir toda una vida leyendo o releendo a mis diez compañeros de mesa de noche. Y, en momentos en que tengo que leer algo que no me atrae, llego a desear intensamente que esa otra vida, por más imaginaria que sea (y esto por culpa de la vida real, de la maldita cotidianidad), se presente como un milagro ante mis ojos.

Noblesse oblige, he puesto al Quijote en primer lugar. Pero noblesse también me obliga a ser prudente y discreto porque, por más que me prueben lo contrario, un extranjero siente cierto pudor cuando se trata de hablar de este libro quintaesencialmente español, por más universal que sea. Soy un hombre de convicciones políticas o, por lo menos, provisto de un alto grado de sentimentalismo político, por decirlo de alguna manera. Pero no,

simplemente no me atrevería a intervenir públicamente, aunque se trate tan sólo con juicios de valor, en la política del país que nos alberga. Hay una cierta noblesse que a ello me obliga y, también, cierto pudor. Puedo contar, eso sí, que no fui lector infantil y que inicié en la lectura durante mi adolescencia, ya en secundaria. Un

profesor intuyó al escritor que había en mí y me prestó La vida de Don Quijote y Sancho, de Miguel de Unamuno, y desde entonces hasta hoy. A Unamuno le debo, por lo menos, mi llegada al Quijote, y a este coloso le debo la felicidad y el placer con que pude entrar en Gargantúa y Pantagruel y en Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy. Por eso no puedo pensar en uno de estos libros sin pensar en los otros dos. Me encantan por lo enormes que son en todo sentido, porque el sentido de la desmesura que hay en todos ellos es y será siempre el único capaz de alborotar ese gallinero de vida que debe ser la literatura.

Fijense ustedes lo que le pasó a Francia: los autores se alejaron del desbordamiento para caer en la mesura cortesana y académica, en la perfección formal. Sólo Proust y Celine volvieron a encontrar el eco de la locura que es la libertad de escribir de acuerdo a un temperamento absolutamente personal, sin reglas ni perfecciones, como Rabelais. El idioma francés decayó a punta de corrección. Carlos Fuentes llega a considerarlo una lengua muerta. En cambio, Gargantua, El Quijote, Tristram Shandy, qué libros tan malos, por Dios santo, qué manera de alejarse de cualquier arte poética, qué absurdas digresiones, qué manera de perder el hilo, cuantas páginas demás (?). Todo esto, señores, en nombre de la vida, del ser humano, de las „lágrimas y caca% de Quevedo. De la más absoluta actualidad.

Lista de los diez libros: Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes.

Gargantúa y Pantagruel, Francois Rabelais. Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy, Sterne. La cartuja de Parma, Stendhal. En busca del tiempo perdido, Proust. Viaje al fondo de la noche, Celine. Bajo el volcán, Malcom Lowry. Obra completa, Francisco de Quevedo. Cuentos completos, Ernest Hemingway. Obra poética completa, César Vallejo.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE  
(Escritor peruano)